

metal aurífero, según las observaciones exactísimas del viajero chino Hiuen-Thsang, que vivía á principios del siglo VII de nuestra Era (1).

66.—Si el aislamiento era la ley de la antigüedad como supone Laurent (2), puede afirmarse que lo único que relacionó á los pueblos entre sí fueron las guerras, las colonias y el comercio, siendo este último la fuente perenne de continuadas relaciones, especialmente la colonización y contacto de fenicios y griegos. La emigración dórica y la vuelta de los heráclidas al Peloponeso, grandes acontecimientos que renuevan la faz de la Grecia, ocurrieron mucho tiempo después que el Ponto-Euxino llegó á ser accesible al comercio y á la navegación griega. Esta emigración, juntamente con el establecimiento de nuevos estados y de nuevas constituciones, fué ocasión y punto de partida del sistema colonial que señala un período importante de la vida helénica, y favoreciendo la cultura intelectual, contribuyó en gran modo á agrandar la idea del mundo. La colonización griega, dice el autor citado (3), producto de las revoluciones que agitaron á la Grecia, debió su esplendor á la irregular unión de las facultades más diversas, las cuales hacen de los helenos el pueblo iniciador de la idea de la humanidad (4).

(1) Humboldt, *Cosmos*, tomo II, *Ensayo histórico del progresivo desarrollo de la idea del Universo*.

(2) *Estudios sobre la historia de la humanidad*, por F. Laurent, tomo I, *El Oriente*.

(3) Laurent, obra citada, edición española de G. Lizárraga, pág. 59, *Las Colonias*.

(4) Curtius (*Historia de Grecia*, por Ernesto Curtius, traducción de Don Alejo García Moreno, Madrid, 1887) dedica una parte importante de su obra, el cap. 3.º del libro 2.º, pág. 174 y siguientes, en donde estudia las ciudades del litoral del Asia menor, desarrollo de la colonización jónica, las colonias milesias, las colonias subeas, la colonización griega en Occidente, sus progresos, las costas de Sicilia y el Sur de Italia, la colonización griega de África, extendiéndose en algunas consideraciones acerca de la colonización helénica en general.

Sólo se explica por falta de conocimientos náuticos que los griegos, algunos de cuyos pueblos tenían tan extraordinaria afición al mar, sólo se hubiesen dedicado á un comercio costanero. En Mileto había el partido de los Aeinautas, marinos perpetuos ó lobos de mar, corporación de armadores tan habituados á vivir á bordo, que hasta celebraban en los barcos anclados de-

Hace notar Humboldt (1), que uno de los acontecimientos que influyeron particularmente en el progreso de la contemplación del mundo, juntamente con la apertura del Ponto-Euxino y el establecimiento de colonias en el Mediterráneo, fué el paso por el estrecho de Gades. La fundación de Tarteso, la de Gades, así como la colonia de Utica, prueban que los fenicios ya navegaban hacia muchos siglos por el Océano cuando se abrió por primera vez á los griegos el camino que Pindaro llama puerta de Gadeira. Del mismo modo al Este, los milesios, penetrando en el Ponto-Euxino, habían establecido comunicaciones que activaron el comercio terrestre con el Norte de Europa y del Asia, y mucho más tarde, con las comarcas regadas por el Oxo y el Indo, los samios (2) y los focios (3), los que abrieron el camino al Occidente partiendo del Mediterráneo. Coleo de Samos quería darse á la vela hacia Egipto en el momento en que venían á comenzar, ó mejor dicho, á renovarse en el reinado Psammético las relaciones de este país con la Grecia. Vientos del Este le arrojaron hacia la isla Platea, y de allí fué empujado al Océano á través del estrecho de Gades. Al referir Herodoto este hecho, añade, con intención, que una mano divina guiaba á Coleo de Samos, y no fué únicamente la importancia de los imprevistos beneficios que de aquí resultaron para la ciudad ibérica de Tarteso, sino también el descubrimiento de regiones ignotas y el acceso á un mundo nuevo que apenas se entreveía por entre las nubes de la fábula, lo que dió fama y esplendor á aquel acontecimiento por donde quiera que la lengua griega se hallaba extendida en el Mediterráneo. Veíanse por aquellos navegantes del otro lado de las columnas de Hércules llamadas en un principio columnas de Briareo, de Egeon y de Cronos, á la extremidad occi-

lante de la ciudad sus reuniones y conciliábulos políticos. Es indudable que si los fenicios y los griegos hubiesen conocido la brújula y en mayor extensión la ciencia astronómica, hubiesen conquistado á América y dado la vuelta al mundo. Acerca de las ciudades fundadas por los griegos en país extranjero, véase Lenormant, *La Grande Grèce*; Paris, 1881, tomo I.

(1) *Cosmos*, tomo II, pág. 144.

(2) Según Herodoto.

(3) Según Herodoto.

dental de la tierra, en el camino del Eliseo y de las Hespérides, aquellas aguas primitivas del Océano que rodeaban la tierra (1) y de las cuales se quería, aun en esta época, hacer provenir todos los ríos. En las márgenes del Faso habian encontrado los navegantes una ribera que cerraba el Ponto-Euxino, imaginando que más allá sólo existe el *Estanque del sol*. Al Sud de Gades y de Tarteso descansaba la vista libremente en el infinito, circunstancia que ha dado durante mil quinientos años una importancia particular á la *puerta del Mediterráneo*. Dispuestos siempre á ir más allá los pueblos navegantes, tales como los fenicios, los griegos, los árabes, los catalanes, los genoveses, los venecianos, los portugueses y los españoles; los mallorquines, los franceses de Dieppe y de la Rochela, se esforzaron sucesivamente por avanzar en el Océano Atlántico que por mucho tiempo se tuvo por un mar tenebroso (*mare tenebrosum*) lleno de limo y de bancos de arena, hasta que partiendo de las Canarias ó de las Azores tocaron de estación en estación en el nuevo continente á que ya los normandos habian llegado por otro camino.

Mientras que Alejandro penetraba en las comarcas apartadas del Oriente, ciertas consideraciones sobre la forma de la tierra llevaron ya al filósofo de Estagira á sospechar la proximidad del estrecho de Gades y de las Indias. Estrabón llegó hasta suponer que en el hemisferio Norte, quizás bajo el paralelo del estrecho de Gades, de la isla de Rodas y del país de Tina, podían existir, entre las costas occidentales de Europa y las orientales del Asia, otros muchos continentes habitables (2). La hipótesis de que el eje prolongado del mar Mediterráneo debía tocar en regiones nuevas, se hallaba de acuerdo con aquella gran idea de Eratóstenes, muy difundida en la antigüedad, de que el suelo del viejo continente en su más vasta extensión de Este á Oeste, es decir, hacia el grado 36 de latitud próximamente, presenta una línea de levantamiento sin interrupción alguna considerable. La expedición de Coleo de

(1) Véase la obra citada de Menard, *Historia de Oriente*, el cap. 1.º, que trata del mundo conocido de los antiguos, especialmente las láminas.

(2) Estrabón, citado por Humboldt, *Cosmos*.

Samos no sirvió únicamente para señalar la época en que se abrieron nuevos mercados á las razas griegas ávidas de emprender largos viajes marítimos y á los pueblos herederos de su civilización, sino que ensanchó también inmediatamente la esfera de las ideas. Entonces fué cuando el fenómeno del flujo periódico del mar, que hace sensibles las relaciones de la tierra con el sol y la luna, llegó á ser objeto de una atención profunda y sostenida; fenómeno que hasta entonces no se había manifestado á los griegos en los bancos de arena y peñascos de las costas de Africa sino de una manera irregular y aun expuesta á peligros. Posidonio estudió el flujo y reflujo en Hipa y en Gades, comparando sus observaciones con lo que en los mismos sitios podían enseñarle los fenicios más experimentados sobre las influencias de la luna (1).

67.—Tuvieron señalada influencia en la extensión de los conocimientos geográficos, entre otros hechos notables de la antigüedad, la invasión de los macedonios al Asia menor y á la Siria, la batalla de Gránico y la de los desfiladeros de Iso, la toma de Tiro y la fácil ocupación del Egipto, la campaña contra los babilonios y los persas en la cual fué destruída cerca de Ardebeles, en medio de la llanura de Gangamela, la omnipotencia de los aqueménides; la expedición á la Bactriana y á Sagdiana entre los montes Indo-Kho y el Yaxarte ó Syr, y últimamente la arraigada invasión de la comarca de los cinco ríos ó Pentapotamia en la India septentrional. Alejandro Magno fundó establecimientos griegos por todas partes, á la vez que extendió las costumbres del Occidente por la inmensa región que va desde el templo de Ammón, edificado en medio de un oasis de la Libia, y la ciudad de Alejandria situada en la parte occidental del Delta, formado por el Nilo, hasta la Alejandria del Norte, hoy ciudad de Khodjend, á orillas del Yaxarté, en la provincia de Fergana (2). El contacto de los griegos con el Oriente fo-

(1) Humboldt, *Cosmos*, tomo II.

(2) Conviene no confundir Alejandria con la ciudad del propio nombre que ocupa el lugar de la antigua Naukratis. En los mapas del antiguo Egipto se ve designado el sitio de Naukratis en las márgenes del río algo tierra adentro, y en las orillas del mar á Alejandria; véase, entre otros, el que aparece al final de la Memoria de D. Félix Robiou sobre la *Economía y la administración de Egipto bajo los lágidas*.

mentado por las conquistas de Alejandro, desarrolló los conocimientos geográficos y fomentó igualmente las relaciones comerciales (1). Las producciones indias, así naturales como industriales, eran conocidas imperfectamente por antiguas relaciones de comercio ó por las narraciones de Ctesias, que vivió diecisiete años en la corte de Persia como médico de Artajerjes Muemon, exparciéndose nociones más exactas con motivo de los establecimientos macedónicos. Conociéronse los arrozales entrecortados por arroyos, los algodonereros, las telas finas y el papel que suministraban, las especias y el opio, el vino hecho con arroz y jugo de las palmeras, el azúcar de caña, confundido con frecuencia con el tabaschir formado del jugo del bambú, la materia textil que crece en los grandes árboles de bombax, los chales tejidos con la lana de las cabras del Tibet, las telas de seda de Sérica, el aceite de sésamo blanco, el aceite de rosa, la laca y el acero batido llamado acero de Woutz. Además del conocimiento material de estos productos, que pronto llegaron á ser objeto de un comercio extenso y muchos de los cuales tomaron carta de naturaleza en la Arabia por los seleucidas, el aspecto de nuevos y variados territorios extendió sus conocimientos en otras esferas y órdenes de ideas. La conquista macedónica contribuyó á ensanchar los conocimientos de los griegos en las ciencias físicas y naturales, y muy especialmente en la astronomía (2), la que necesita y supone un considerable desarrollo de las ciencias matemáticas, con respecto á las cuales hace notar Humboldt que hubiera sido más rápido su desarrollo si el brahama Sphines, que acompañaba al ejército de Alejandro, hubiese podido revelar á los griegos el sistema de numeración india de manera bastante comprensible para que su uso se hubiera hecho universal, y que en las investigaciones de Charles se ha aprendido que el método del abaco pitagórico ó el algorismo, según la designación empleada en la geometría de Boecio, es casi idéntico al sistema de posición, cuyo método fué estéril en manos de los griegos y los romanos, no habiéndosele aplicado generalmente sino en la Edad

(1) Véase Humboldt, *Cosmos*, tomo II, págs. 150 y siguientes.

(2) Véase Humboldt, *Cosmos*, edic. esp., tomo II, págs. 158 y siguientes.

Media, y sobre todo á partir del momento en que se llenó por un cero el espacio que se había dejado en blanco hasta entonces, á propósito de lo cual advierte el sabio alemán citado, que los descubrimientos más felices necesitan, por lo común, muchos siglos para ser comprendidos y completados.

68.—Alejandría fué en la antigüedad una ciudad importante bajo el punto de vista político, científico y comercial. Ya en tiempo de Ptolomeo Filadelfo era Alejandría la mayor plaza comercial del mundo. Por Alejandría pasaba el camino más corto y más cómodo para llegar de la cuenca del Mediterráneo á la parte Sudeste del Africa, á la Arabia y á las Indias. Aun en el tiempo en que llegó el Egipto á ser provincia romana conservó toda su opulencia, pues el lujo que crecía en Roma bajo los Césares alcanzaba á la comarca del Nilo, y era preciso ir á pedir los medios de satisfacerlo, especialmente á Alejandría, como *depósito* que era del mundo. Las ciudades fenicias, más tarde Alejandría, eran verdaderos depósitos de mercancías, á las que acudía el mundo civilizado para proveerse de ellas, no pudiendo acudir cada centro consumidor á cada uno de los centros productores. El comercio de depósito ha sido en la antigüedad, en la Edad Media y aun en la moderna, la gran base de operaciones mercantiles de una comarca; no siempre el consumidor, ya un individuo, un grupo de individuos ó una población, tiene suficientes relaciones mercantiles ó inspira bastante confianza al hacer un pedido para que le tenga cuenta al productor aventurar una expedición. En la antigüedad y en la Edad Media en que había escasos medios de comunicación y de transporte, las condiciones del comercio exigían que unas cuantas plazas fuesen el mercado seguro y constante para todos los artículos naturales y todos los productos de la industria. Los centros productores de todo el mundo acudían á estas plazas y depósitos, que se llamaban Sidón, Tiro, Alejandría, etc., y allí vendían sus productos en grandes partidas y en cantidades colosales, sosteniéndose relaciones constantes con estas plazas merced á la respetabilidad é importancia de las casas mercantiles ó casas de comercio que en ellas habían, y á la vez el mundo entero se surtía en estas plazas de todos los artículos. Estas plazas intermediarias entre el punto productor y el con-

sumidor lucraban extraordinariamente con el precio de las mercancías, porque en verdad tenían un monopolio y fijaban el precio que les parecía bien. Lo propio vinieron á hacer en la Edad Media las Repúblicas italianas y las grandes ciudades comerciales del Mediterráneo. A medida que aumentaron las facilidades en los transportes y en las comunicaciones y que las aficiones comerciales fueron extendiéndose, excitada la codicia por las enormes ganancias de los comerciantes de dichas plazas acaparadoras, fueron disminuyendo dichas ganancias y aumentando el número de depósitos y la competencia entre los mismos en beneficio del productor y del consumidor. Los grandes centros de población, merced á la difusión de los conocimientos comerciales geográficos y á la facilidad del transporte, han podido hacer los pedidos directamente al punto productor y no haber de pagar un tributo comercial á los centros acaparadores. Esta es la razón por la cual en nuestros tiempos no se concibe una ciudad que acapare todos los artículos de comercio, quedando limitado el depósito de ciertos y determinados artículos á muy contadas plazas. En otro tiempo el mundo entero, salvo determinadas y contadas ciudades, ignoraba dónde se producían ciertos artículos y de qué medios debía valerse para conducirlos desde lejanas tierras, y aun en el caso de estar en posesión de tales antecedentes no era fácil entablar negociaciones mercantiles con puntos apartados, no queriendo entenderse los productores, los fabricantes y los comerciantes exportadores más que con aquellos centros de comercio con quienes sostenían desde antiguo constantes relaciones. Todo esto ha cambiado desde que la locomotora por tierra y el vapor por mares y ríos transportan en pocos días lo que antes necesitaba muchos meses, desde que el telégrafo nos dice en minutos los precios de las mercancías y condiciones de venta, siendo así que antes se necesitaba muchos días para averiguarlo, y desde que la imprenta hace conocer al mundo entero con una facilidad extraordinaria lo que antes costaba muchos esfuerzos y tiempo en ser conocido de una manera determinada y relativamente pequeña.

La historia del comercio en la antigüedad es la reseña de los movimientos comerciales localizada en grandes centros.

Pocas y muy contadas ciudades eran el depósito y el mercado natural de muchos productos, y ellas abastecían al mundo entero. Con el progreso de los medios de comunicación y de transporte aumentó considerablemente el número de estos grandes depósitos; más tarde los grandes centros de población y de consumo procuraron extender sus relaciones comerciales llegando hasta los centros de producción, evitando de esta manera haber de acudir á un intermediario; y por último, hoy puede decirse que en cada ciudad hay casas de comercio que inspiran sobrada confianza, y de cuya solvabilidad pueden enterarse los fabricantes, los centros de producción y las casas exportadoras por medio de los banqueros y de las sociedades de informes y por los mismos viajeros, los cuales son otros tantos depósitos que venden directamente á los detallistas. De esta manera, poco á poco y merced á la difusión de los conocimientos, á la mayor celeridad en los transportes y á los medios de que dispone el comercio, ya no está localizado, ni hay centros acaparadores, ni grandes depósitos, existiendo en cada ciudad casas de comercio que facilitan al detallista, al tendero y al negociante al pormenor, todos cuantos artículos necesita y pide el consumo.

Precisamente esto justifica y comprueba la ley de la diferenciación y del progreso económico, por la que la división del trabajo y la variedad de producciones y la especialización de las mismas, la diversidad de funciones económicas, no sólo aparece en el mundo entero, sino que se nota igualmente en cada civilización, en cada nacionalidad, en cada pueblo, en cada agrupación humana aisladamente considerada.

69.—Extendieron los conocimientos geográficos el comercio de las caravanas en el interior de Africa, por Cirene y los oasis; las conquistas hechas en Etiopía y en la Arabia Feliz, en la época de Ptolomeo Evergetes, y las relaciones que el Egipto sostenía por mar con toda la Península occidental de la India á lo largo de las costas de Canara y de Malabar, desde el golfo de Barygaza hasta los templos brahamánicos del lago Comorino (1), y la isla de Ceylán llamada Lanka en el Ramayana y

(1) Humboldt, *Cosmos*, edición española, tomo II.

Trapobana entre los contemporáneos de Alejandro por corrupción del nombre indígena (1). La travesía de Nearco, que invirtió lo menos cinco meses en costear las riberas de la Gedrosia y de la Caramania, desde Pattala, cerca de la embocadura del Indo, hasta la embocadura del Eufrates, había contribuido de una manera sensible á los progresos de la navegación. Los compañeros de Alejandro tenían conocimiento de los monzones que favorecían las travesías entre las costas orientales del Africa de una parte, y de la otra las costas septentrionales y occidentales de la India. Después de haber pasado diez meses en reconocer la parte de este río que se extiende desde Nicea sobre el Hidaspes hasta Pattala, con el fin de asegurar al comercio la libre navegación del Indo, Nearco se apresuró al principio del mes de Octubre á darse á la vela cerca de Stura, porque sabía que el monzón de Nordeste y de Este soplando á lo largo de sus costas que se extienden bajo un mismo paralelo, le dirigiría hacia el golfo Pérsico. Más tarde, cuando se conoció mejor la ley que regula los vientos particulares de aquellos sitios, los pilotos se animaron hasta el punto de llegar por la alta mar de Ocelis, en el estrecho de Bab-el-Mandeb, al gran depósito de la costa de Malabar hasta Muziris, situado al Sud de Mangalor. Las comunicaciones establecidas en el interior de las tierras hacían también afluir á Muziris las mercancías de las costas orientales de la península de más acá del Ganges y aun el oro de la apartada Chryse, que Humboldt sospecha fuese quizás la isla de Borneo. Se extiende dicho autor igualmente en hacer notar la influencia de la apertura de una vía fluvial que puso en comunicación el mar Rojo con el Mediterráneo, con el Nilo y la apertura de los puertos de Myos-Hormos y Berenice (2).

70.—La dominación romana dió unidad á la obra de los an-

(1) Humboldt, *Cosmos*, edición española, tomo II.

(2) Humboldt, *Cosmos*, tomo II, edición española, págs. 163 y siguientes. Sería ocioso y demasiado prolijo reseñar la influencia que ejerció Eratóstenes de Cirene, Arístiles y Timocharis, Aristarco de Samos, Selenio de Erytraea ó Hiparco en las ciencias geográficas y astronómicas, así como Euclides, Apolonio de Perga y Arquímedes en las matemáticas, todo lo cual aparece con mucha erudición expuesto en el libro del sabio alemán citado.

tiguos conquistadores. Con ella encuéntrase reunidas por vez primera en estrecha alianza todas las comarcas que circundan la cuenca del mar Mediterráneo, sin contar los vastos países que se agregaron después á aquel inmenso Imperio, especialmente en el Oriente. En el segundo siglo de la Era cristiana, dice Gibbon (1), abarcaba el Imperio de Roma la parte más florida de la tierra y la porción más civilizada del linaje humano. El Imperio romano, si se considera la extensión que ocupaba en su forma monárquica bajo los Césares, era, sin duda, menos extenso que el Imperio chino bajo la dinastía de los Thsin y de los Hau del Oriente (desde el año 30 antes de Jesucristo al año 116 de nuestra Era), que la dominación de los mogoles bajo Dschingischan, ó que las comarcas que forman actualmente el Imperio ruso en Europa y en Asia; pero á excepción de la monarquía española antes de la pérdida de sus posesiones en el nuevo continente (2), jamás se reunieron bajo un mismo cetro, teniendo en cuenta á la vez los beneficios del clima, la fecundidad del suelo y la situación relativa del Imperio romano, regiones más vastas ni más favorecidas que aquellas por donde se extendía la dominación romana desde Octavio hasta Constantino. Desde la extremidad occidental de la Europa hasta el Eufrates, desde la Bretaña y una parte de la Caledonia hasta la Getulia, y el límite donde comienzan los desiertos de la Libia, no era solamente la variedad infinita de los aspectos que presentan la configuración del suelo, las producciones orgánicas y los fenómenos naturales lo que llamaba la atención,

(1) *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano*, por Eduardo Gibbon, traducida de la edición de H. Milman por D. I. M. de Fuentes; Barcelona, 1842. Sobre los confines romanos y extensión del Imperio en tiempo de los Antoninos, véase dicha obra, cap. 1.º, y además Victor Duruy, *Histoire des romains*, Paris, Hachette. Estrabón había visto por sí mismo una parte considerable del Imperio romano, y dice: «desde la Armenia hasta las costas tirrenas, desde el Ponto-Euxino hasta las fronteras de Etiopía.»

(2) Sobre la extensión de la monarquía española puede consultarse el excelente trabajo de D. Antonio Cánovas del Castillo sobre *España bajo la dinastía Austriaca*, en el *Diccionario General de Política y Administración*, publicado bajo la dirección de D. Estanislao Suárez Inclán y D. Francisco Barca en 1868 en Madrid. Artículo *Casa de Austria*, pág. 834, y la obra del propio D. Antonio Cánovas del Castillo, *Estudios del reinado de Felipe IV*; Madrid, Pérez Du-brull, 1889.